

Édgar Hurtado. In memoriam

Jesús Gómez-Serrano*✉

Gómez-Serrano, J. (2025). Édgar Hurtado. In memoriam [Obituario]. *Investigación y Ciencia de la Universidad Autónoma de Aguascalientes*, 33(94), e7815, <https://doi.org/10.33064/iycuaa2025947815>



Édgar Hurtado
Fotografía cedida por Mariana Terán Fuentes.

Recordando a Édgar Hurtado con palabras prestadas¹

En Zacatecas, su pueblo de adopción, se murió sin previo aviso, hace ya un año, Édgar Hurtado, a quien tanto quisimos. Hoy nos hemos reunido para recordarlo y honrar su memoria.

¹ Palabras pronunciadas en el marco de la edición 2024 de la Cátedra Plutarco Elías Calles, Patio de Rectoría, UAZ, 20 de junio de 2024.

*Departamento de Historia, Centro de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma de Aguascalientes. Av. Universidad # 940, Ciudad Universitaria, C. P. 20100, Aguascalientes, Aguascalientes, México. Correo electrónico: jgomez@correo.uaa.mx. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0609-7459>

✉ Autor para correspondencia

El 23 de abril del año pasado Mariana me dijo, sin preámbulos, que Édgar tenía cáncer en el hígado, que estaba en el hospital y que sería operado.

Fue "un manotazo duro, un golpe helado, un hachazo invisible", como escribió Miguel Hernández en su "Elegía a Ramón Sijé".

Mariana estaba tranquila y me contó que Édgar sería intervenido en la clínica del ISSSTE, aquí en Zacatecas, y que sus médicos eran "los mejores del condado".

No podía ser menos. Algunos de ustedes no lo saben, pero Édgar, aparte de devoto marido y cariñoso padre, de buen historiador y leal amigo, era rey de la República de Pabellón.

Sí, ya sé que las repúblicas no tienen reyes, pero el caso de Pabellón es especial, tal vez único. Pabellón no es un "pueblo mágico", como algunos creen, sino un reino con su rey. Por aclamación, Édgar fue electo presidente de la República de Pabellón, pero poco después, siguiendo el ejemplo de Napoleón, que fue Primer Cónsul, luego Cónsul Vitalicio y al final Emperador de Francia, previo plebiscito, Édgar fue coronado rey de Pabellón.

Un reino como el de Redonda, esa diminuta isla caribeña repleta de aves exóticas pero inhabitable, porque no tiene agua dulce, de la que fue rey el gran novelista Javier Marías.

En algún momento, Javier Marías decidió dar lustre a su reino ennobleciendo a ciertos amigos suyos, grandes personajes de la cultura y las artes, como Francis Ford Coppola, Pedro Almodóvar, Mario Vargas Llosa y John Elliott.

La posteridad discutirá si Pabellón fue reino, república, municipio, estación de tren o simplemente comisariado ejidal. Es probable incluso que haya coloquios, llenos de eruditas ponencias, en los que se hable sesudamente del tema.

Yo, que en alguna ocasión tuve el privilegio de hablar al respecto con Su Majestad en el Salón del Trono, sin la presencia algo intimidante de su Guardia Pretoriana, puedo decirles que Pabellón era reino, república, municipio, estación de tren, comisariado ejidal e incluso Campo Agrícola Experimental, todo a la vez, sin contradicción semántica y, lo más importante, sin oposición de las potencias vecinas, en particular la codiciosa Zacatecas y la pequeña pero altanera Aguascalientes, que indebidamente reclamaba ciertos derechos de soberanía.

Cuando en audiencia privada le dije a Édgar lo que estaba haciendo Javier Marías en su reino de Redonda, se le iluminaron los ojos y me dijo: "¡Grandioso! Seguiremos su ejemplo y, para empezar, dispondremos que se le dé a Genaro el título de Marqués de la Meseta Purépecha y a ti el de Conde de los Llanos de Chicalote". Luego de agradecerle, me atreví a preguntarle si esos honores, en sí mismos muy apreciables, vendrían acompañados de algún estipendio o emolumento en metálico, a lo que me respondió secamente: "En su momento lo veremos". Ese momento no llegó, desafortunadamente.

En sus orígenes, Pabellón fue una de las haciendas que se formaron en los caminos de Tierra Adentro, que comunicaban las ricas minas de plata de Zacatecas con la capital del virreinato; más concretamente, una de las estancias que había entre la humilde villa de Nuestra Señora de la Asunción de las Aguas Calientes y la opulenta y Muy Leal Ciudad de Zacatecas.

En el siglo XVIII era la más extensa hacienda del valle de Aguascalientes, de cuyas tierras salían en parte el trigo, el maíz y las bestias que se consumían en estas y otras minas del Norte.

En la Navidad de 1827 el ministro inglés Henry George Ward la visitó y vio con asombro su casa grande, los inmensos campos sembrados de trigo y maíz, su presa de cal y canto, las carretas llenas de olotes y los corrales en los que era cebado el ganado.

Casi exactamente cien años después, Pabellón recibió a otro visitante ilustre, el general Plutarco Elías Calles, presidente de la República, que con su dedo todopoderoso decidió la construcción de una gran presa y la habilitación *ex nihilo* de un gigantesco distrito de riego.

Amistosamente, Édgar y yo discutíamos sobre los orígenes, la jerarquía y la verdadera importancia de ese distrito de riego. Él decía, citando al senador Pedro de Alba, que el presidente Calles, "con mirada penetrante y clara inteligencia" señaló con su dedo índice el lugar en el que debía construirse esa gran obra, que marcaría su mandato.

Influido tal vez por una lectura distraída del libro del *Éxodo*, Calles dividió las aguas, levantó una gigantesca cortina, no de cal y canto, sino de concreto, y ordenó que los arroyos que bajaban de la Sierra Fría inundaran el inmenso vaso hasta rebosarlo: 350 millones de metros cúbicos de agua, que convertirían el valle de Aguascalientes en un inmenso vergel y a Pabellón, la Ciudad-Jardín que se fundó para albergar a los cientos de trabajadores afanados en esa inmensa obra, en la capital de un nuevo emporio agrícola.

Cien años después, en medio de estos calores y del prolongado estiaje, ya aprendimos que los arroyos, y en general la Naturaleza, no acatan las órdenes presidenciales.

Leyendo *Aguascalientes: agricultura e irrigación, 1926-1938*, el libro de Édgar, aprendí que la construcción de la presa Calles y la habilitación del distrito de riego de Pabellón cambiaron las cosas, aunque el sistema nunca alcanzó las dimensiones que soñaron sus creadores. Se dispuso de agua para los riegos, pero a la postre la principal ganancia tuvo un carácter político, pues se formó una clientela de nuevos colonos y ejidatarios adictos al régimen.

Édgar recordaba con admiración al presidente Calles y me explicaba que no era agrarista, sino un profesor sonoreense en cuya mente primaba la figura del rancharo; durante su gobierno, las haciendas no fueron atacadas ni expropiadas, pero se alentó un proceso de subdivisión, al que muchos propietarios previsores se acogieron.

Además, Calles era un hombre de la frontera, que conocía la próspera agricultura comercial que se había desarrollado en California, en el valle de Salinas, por ejemplo, y seguramente con ese modelo en mente propuso una nueva ley "sobre irrigación con aguas

federales", que se promulgó en enero de 1926 e implicó la creación de la Comisión Nacional de Irrigación.

Esta comisión impulsó la formación de nuevos distritos de riego, en los que debían asentarse "colonos y rancheros", comunidades productivas apoyadas técnica y financieramente por el Estado, que reemplazaran ventajosamente a los antiguos hacendados, de mentalidad retrógrada.

Tradicionalmente, las presas eran grandes y costosas obras pagadas por los hacendados ricos, que tenían el grave inconveniente de que beneficiaban sólo las tierras de su dueño; con sus grandes obras, la CNI resolvía el problema del riego no a nivel de unidades de producción individuales, sino de "regiones enteras". Los latifundios beneficiados con las nuevas obras de riego serían fraccionados, pues sus propietarios pagarían con terrenos el valor de esas mejoras, tierras con las que el Estado formaría colonias agrícolas o pequeñas parcelas de propiedad individual. La hegemonía de la aristocracia terrateniente sería sofocada mediante esta estrategia que consistía en asentar "una numerosa población campesina" en las nuevas parcelas irrigadas: medieros y arrendatarios avispados, una verdadera "clase media" que haría las veces de amortiguador "entre los ejidatarios y los grandes terratenientes", estimulando con su ejemplo de laboriosidad de los primeros y conteniendo las ambiciones de los segundos. Calles no se planteó la necesidad de una reforma agraria que aboliera los latifundios, sino una arcádica "sociedad rural de tres estratos": ejidatarios, pequeños propietarios y hacendados.

En forma optimista, se creyó que antes de que terminara su mandato se habrían puesto bajo riego 300.000 hectáreas en todo el país. Los cuatro proyectos en los que inicialmente se trabajó fueron la presa de Guatimapé, en Durango, con una capacidad de 300 millones de m³; un proyecto en el río Mante, Tamaulipas, que iba a irrigar 20.000 hectáreas; una inmensa presa en el río Salado, entre Coahuila y Nuevo León, con capacidad para 1.400 millones de m³, y finalmente, si no el más grande, sí el más grandioso de todos los proyectos, el del valle de Aguascalientes, que consistía en contener las aguas del río Santiago. Por algo, el presidente aceptó apadrinar esta obra, no las demás, e imponerle su nombre.

La construcción del embalse se contrató con la White Engineering Corp., una potente empresa americana con mucha experiencia en ese tipo de obras. A marchas forzadas se hicieron estudios topográficos y cálculos sobre el aforo del río Santiago y la precipitación pluvial en las estribaciones de la Sierra Fría, para lo cual se instaló una estación meteorológica en el campamento de trabajo de San José de Gracia. A poco andar, los técnicos descubrieron que no había estudios relacionados con el caudal del Santiago, pero el presidente había ordenado que los trabajos dieran inicio de inmediato, por lo cual fue necesario valerse de un "método indirecto" y por lo mismo poco confiable, que consistió en "calcular el aprovechamiento probable".

Sobre esa endeble base se decidió construir una majestuosa cortina de concreto de sesenta metros de alto y trescientos de longitud, para lo cual fue necesario emplear 46.000 m³ de cemento. El nuevo embalse sería capaz de retener 350 millones de m³ de agua, lo que implicó anegar el antiguo pueblo de indios de San José de Gracia y otras comunidades. Adicionalmente, aguas abajo se construyó El Jocoqui, una presa de derivación que permitía regular la conducción de agua a los canales del distrito de riego. Se calculó que las obras tendrían un costo de 9.5 millones de pesos, sin lugar a dudas el

mayor proyecto de infraestructura hecho en Aguascalientes hasta entonces, y que la superficie potencialmente beneficiada era de 50.000 hectáreas. Como podemos leer en el libro de Édgar, los técnicos recomendaron formar planos precisos, estudiar los suelos, construir buenos caminos, establecer "granjas de experimentación", fraccionar en forma ordenada los terrenos beneficiados, vender los lotes a largo plazo y supervisar a los colonos para que su trabajo fuera eficiente.

La cortina de la presa se construyó en un plazo de apenas tres años y el presidente Calles se mantuvo siempre al tanto de los avances. Hay algunas fotografías en las que se le ve vestido de paisano, sentado en una silla de campaña, tocado con sombrero vaquero y gafas, revisando con mucha atención unos planos y dando indicaciones o haciendo preguntas, y otras en la que está en la corona de la cortina, acompañado de una gran comitiva de técnicos y militares. La visita que tenemos mejor documentada es la que hizo el domingo 4 de diciembre de 1927, acompañado del embajador norteamericano Dwight Morrow, un famoso humorista llamado William Rogers y otros invitados. En la prensa se dijo que Morrow "se mostró admirado" por la grandiosa obra y se da a entender claramente que no era la primera vez que el presidente estaba en el lugar donde se construía "la presa que lleva su nombre".

La espectacular cortina de concreto armado se cerró en 1928, sólo para advertir que los arroyos se negaban con perfidia a acatar la voluntad presidencial y que, en consecuencia, la cantidad de agua almacenada no era, ni de lejos, la que se había proyectado. En lugar de los 350 millones de m³, en 1932 se acumularon 24 millones, 85 en 1933, 82 en 1934 y 239 en 1935, que es uno de los de mayor captación de toda su historia. Sin lugar a dudas, se sobrestimaron los escurrimientos de la Sierra Fría, así como la precipitación pluvial de la región. Desde el punto de vista de la planeación, la presa y el distrito de riego fueron un "fracaso", nos cuenta Édgar, pues durante los primeros años sólo se pudieron regar 7.400 hectáreas, la tercera parte de lo que se había pensado.

Los hacendados, a pesar de que cedieron de manera forzosa tierras para el embalse, los canales y las obras accesorias, no fueron convidados a la fiesta, o tal vez sería mejor decir que en un principio se les invitó, pero al final de cuentas se les negó la entrada o fueron defenestrados. La hacienda de Santiago, por ejemplo, entregó 661 hectáreas, a cambio de lo cual la CNI le permitió irrigar otras 171, pero casi enseguida se suspendieron las ministraciones de agua porque la dueña de la finca incumplió su obligación de elevar el contrato-concesión "al rango de escritura pública".

En los "dominios" del nuevo sistema de riego "la hacienda desapareció", como dice Édgar en forma lacónica. Hasta cierto punto el distrito resultó un fracaso en términos de infraestructura, pero constituyó un gran éxito desde el punto de vista político, pues permitió la transición de un sistema de tenencia de la tierra "oligárquico" a otro "clientelista", no tanto en provecho de los campesinos, sino del nuevo Estado.

Los ejidos que se formaron en el valle de Aguascalientes, con tierras expropiadas a las haciendas, se convirtieron en clientes favoritos del sistema de riego. Aunque el propósito inicial del presidente Calles era atender colonos, ejidatarios e incluso hacendados, durante el sexenio de Cárdenas los ejidatarios fueron objeto de muchas preferencias. A los hacendados que recibían agua de la presa se les ponían muchas condiciones y los colonos estaban obligados a pagar por ella una tarifa en razón del volumen utilizado, pero a los ejidatarios se les cobraba sólo cinco pesos por hectárea irrigada.

Yo sostengo que el distrito de riego de Pabellón es el 01 del país no porque haya sido el primero en construirse, porque sea el más grande o importante, porque lleve el nombre del presidente o por alguna otra razón que sugiera precedencia, como le gustaba pensar a Édgar. De hecho, no parece del todo correcto aludirlo como "el primer proyecto del callismo" en materia de irrigación, "el laboratorio para ensayar el modelo agrícola y agrario del Estado mexicano moderno". Durante su construcción nunca se le mencionó por número, ni tampoco durante la década de 1930, cuando ya estaba en operación. Me parece que la razón es posterior y tiene que ver con la gestión de los distritos de riego que se fueron acumulando en el país. Hasta donde alcanzamos a ver, durante el sexenio de Miguel Alemán, se tomó la decisión de organizar los distritos por entidades federativas y le correspondió el número 1 al de Pabellón, por la sencilla y pueril razón de su ubicación en el estado de Aguascalientes, que encabeza la lista alfabética de entidades federativas. En esa lista, como podemos leer en *El agua de la nación*, el libro de Luis Aboites, hay 55 distritos de riego, que en total irrigaban una superficie de 1.1 millones de hectáreas. El más grande era el de Río Colorado, con 147.000 hectáreas; el de Pabellón estaba entre los de menor capacidad, con 8.000 hectáreas irrigadas y otras 8.000 "por irrigar".

Quiero terminar donde empecé, no recordando los útiles trabajos del Dr. Hurtado, licenciado en sociología por la UAA, maestro en estudios rurales por El Colegio de Michoacán, profesor del Doctorado en Historia de esta Universidad Autónoma de Zacatecas y miembro del Sistema Nacional de Investigadores, sino a Édgar, mi entrañable y querido amigo.

El 24 de abril de 2023 Édgar me dijo en un mensaje muy breve que al día siguiente entraría al quirófano. Como todos sabemos, las esperanzas que había después de la operación se desvanecieron rápidamente.

En varias ocasiones traté de hablar con él, pero no fue posible: lo abandonaban a ojos vistas los ánimos, la fuerza y el optimismo que siempre lo habían caracterizado.

El 19 de mayo le escribí un mensaje, en el que le decía lo siguiente:

"Muy querido Édgar: he tratado de hablar contigo, pero no lo he logrado. No importa. Te quería decir que te quiero mucho como amigo, que te admiro como colega y que me pareces una persona estupenda, el tipo de gentes que le hacen bien al mundo y a quienes lo habitamos. Sinceramente pienso eso. Sé que estás pasando por un 'túnel oscuro', una época difícil, marcada por la enfermedad, las operaciones, los dolorosos tratamientos, las angustias y otro montón de cosas desagradables".

Y terminaba recordándole aquel hermoso proverbio que se atribuye a Alfonso el Sabio: *Quemad viejos leños, leed viejos libros, bebed viejos vinos, tened viejos amigos*.

Hoy estamos aquí, cobijados por este añoso y digno recinto, los amigos de Édgar, algunos más viejos que otros, pero todos confortados por el recuerdo de su amistad, que ardía siempre como leña seca; citando sus libros, llenos de información útil y de honesta sabiduría; y levantando la copa en su memoria.

Como Miguel Hernández, quisiéramos ser hortelanos y abonar con nuestras lágrimas “la tierra que ocupa y estercola” el buen Édgar, nuestro “compañero del alma”.

Bien sabemos, Mariana, que la herida es grande, que lloras tu desventura, que el dolor se acumula en tu costado, que no encuentras consuelo y que sientes más su muerte que tu vida.

“Temprano levantó la muerte el vuelo”, qué duda cabe, y por lo mismo no perdonamos “a la muerte enamorada”, “a la vida desatenta”, “a la tierra ni a la nada”.

Quisiéramos formar con nuestras manos “una tormenta de piedras, rayos y hachas estridentes”; quisiéramos “minar la tierra hasta encontrarte”, querido Édgar, “y besar la noble calavera, y desamordazarte y regresarte”.

Pero de alguna manera, Édgar ha vuelto hoy a este su huerto, y sentimos su “alma colmenera” pajarear en “los altos andamios” del vecino Jardín de la Madre; ha vuelto “al arrullo de las rejas de los enamorados labradores”, como lo sugieren los enamorados ojos de Mariana.

Regresa, querido Édgar, “que tenemos que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero”.



Esta obra está bajo una licencia internacional [Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).

Usted es libre de Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

Adaptar — remezclar, transformar y construir a partir del material

La licenciente no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia

Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciente.

NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

CompartirIgual — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.